

CONFERENCIA

HACERSE CARGO*

Carolina Tohá

Fundación Instituto Ciudad

RESUMEN: La autora interpreta la crisis actual de la centroizquierda como el agotamiento de una fuerza política que condujo al país a logros muy importantes, aunque mostró también sus límites. Construir una nueva fuerza, arguye, no será sencillo, y exige adoptar un relato coherente de la historia del sector valorando la identidad de la izquierda democrática y moderna que participó de esa experiencia, y asumiendo también aquellos límites. Sólo desde ahí se podría formular un nuevo referente hacia el futuro en torno a los desafíos que hoy enfrenta la sociedad chilena y planteándose preguntas que a nivel global están sin respuesta por parte del pensamiento progresista.

PALABRAS CLAVE: Concertación, Nueva Mayoría, centroizquierda, crisis de partidos, autocrítica.

LEARNING THE LESSONS

ABSTRACT: *The author interprets the current crisis of the centre-left as the exhaustion of a political force that led the country to very substantial achievements, although it also showed its limitations. Building a new force, she argues, will not be straightforward and will mean adopting a coherent narrative of the sector's history that*

CAROLINA TOHÁ. Cientista política de la Universidad degli Studi di Milano. Subsecretaria General de Gobierno (2000-2001). Diputada de la República (2002-2009). Ministra Secretaría General de Gobierno (2009). Alcaldesa de Santiago (2012-2016). Hoy presidenta de la Fundación Instituto Ciudad. Email: ctmpersonal@gmail.com.

* Versión revisada de la conferencia presentada en el Centro de Estudios Públicos el miércoles 4 de julio de 2018, con ocasión de la segunda parte del seminario “La centroizquierda en Chile. ¿Cómo se llegó a esto? ¿Cómo se sale?”.

values the identity of the modern, democratic left which took part in this experience. Only on this basis can a new, forward-looking platform be developed for the challenges now facing Chilean society, raising questions that progressive thought has yet to find answers to at the global level.

KEYWORDS: *Concertación, New Majority, centre-left, crisis of parties, self-criticism.*

Agradezco esta invitación, aunque creo que todavía no estamos listos para foros. Recién estamos para hacer grupos de discusión, para sostener debates muy exploratorios en que uno no se tenga que casar con una postura, porque la reflexión está verde y ha tenido pocos espacios para desarrollarse como es debido. Parte de los problemas que necesitamos enfrentar tiene que ver precisamente con eso; es decir, con la dificultad de la centroizquierda para realizar en profundidad la evaluación de lo que ha pasado y plantearse al futuro desde allí.

Las preguntas que nos ponen aquí son: ¿cómo se llegó a esto? y ¿cómo se sale de esto? Qué es “esto” es lo primero que hay que aclarar. Estamos hablando de algo más que una derrota electoral. Se trata, más bien, del agotamiento de un ciclo en que una fuerza política generó una mayoría que le dio conducción al país por largo tiempo; un ciclo que tuvo logros muy importantes y, también, ciertamente, tuvo sus límites. Esa fuerza política llegó a su fin de mala forma, en una descomposición muy lamentable y hoy se ve tan profundamente destartada, desorientada, dispersa. De ahí la pregunta: ¿cómo pudimos llegar a esto?

Llegamos a esto, en primer lugar, porque nada es para siempre y lo que dio origen a este gran entendimiento, y a su solidez, con el pasar del tiempo se fue debilitando, no sólo por el desgaste, sino también por el cambio de las condiciones y del contexto, en Chile y en el mundo. Los dos grandes que se juntaron cuando esto empezó, el centro y la izquierda, no son los mismos. Eran dos universos los que se reunieron cuando se hizo lo que se llamó la Concertación, y cada uno de ellos representaba mundos sociales, políticos, orgánicos y electorales que hoy están en otra parte, o quizás en ninguna parte. Producto de muchos procesos de cambio que ha tenido la sociedad y su relación con la política, esas fuerzas han perdido en gran proporción su capacidad de representar a los mundos que representaron, no sólo porque hay nuevas fuerzas

que disputan esos mismos espacios, sino también porque tenemos una ciudadanía con mayor autonomía, con mayor complejidad, que no adscribe a la política en la forma en que antes lo hacía.

Sin embargo, no todo se explica por el cambio de las condiciones y por el desgaste que provoca el paso del tiempo. Es cierto que el ejercicio del poder te va quitando imaginación, te va sacando de la sociedad y encapsulando en una visión desde el Estado y desde el rol de autoridad. Y hay algo más. La gran virtud que permitía que la centroizquierda fuera lo que era estuvo que se basaba en una dialéctica compuesta no sólo de unidad, sino que también de una cierta tensión de dos fuerzas procedentes de partes distintas, que se habían juntado porque compartían algunas cosas sustantivas a pesar de sus diferencias. Eso que compartían —lo dijo Ernesto Águila— era un aprendizaje muy duro, hecho a punta de gran dolor, respecto a la necesidad de construir mayorías sólidas para avanzar en las transformaciones que necesitaba el país, y también respecto al valor de la democracia y los derechos humanos como elementos fundantes. Esas tres cosas —mayoría, democracia y derechos humanos— fueron el imán que permitió acercar a fuerzas que representaban culturas políticas bastante distintas, y la fortaleza de esa alianza era el juego entre lo que compartían y lo que las diferenciaba.

Esas cosas que nos unían estaban acompañadas de identidades que competían, de puntos de partida que no eran idénticos, que había que ir ajustando de vuelta en vuelta para hacer posible construir un gobierno y un programa. Por largo tiempo la sospecha sobre la Concertación era que no iba a aguantar porque se dividiría, porque sus integrantes eran demasiado distintos, porque uno le iba a poner el pie encima al otro, y eso nunca sucedió. Lo que fue aconteciendo, en cambio, fue que, en pos de esa unidad y en pos de evitar este augurio de ruptura, se fue perdiendo el potencial de esa dialéctica del conflicto, que procesado virtuosamente produce un resultado que es superior a la suma de las partes. Esa combinación de lo que nos unía con lo que nos separaba se fue perdiendo con el tiempo, se fue anquilosando, se burocratizó, y para muchos se extravió por completo, opacada por otro juego en el que había pocos matices, que es el acostumbramiento al poder y el temor a perderlo.

Hubo un momento clave, que históricamente situaría a finales de la década de los noventa, cuando fue la discusión entre autocomplacientes y autoflagelantes. Ya el nombre de los grupos era una ridiculización de la discusión, que yo considero era la fuerza vital de lo que fue la Con-

certación en su mejor momento: el estar permanentemente volviendo a esa tensión entre unidad y conflicto, entre crecimiento e igualdad, entre estabilidad y transformación.

Desde el momento en que se renunció a considerar ese conflicto como legítimo se instaló el germen del agotamiento de la coalición. La verdad es que después de eso aguantó harto más, por muchas razones. En parte porque hubo grandes liderazgos, en parte porque la derecha cometió muchos errores, en parte porque seguía muy presente el escenario de la Transición y los coletazos de la dictadura. Pero ese germen de agotamiento siguió evolucionando en el tiempo y produciendo consecuencias hasta que llegamos a lo que fue la primera derrota ante Piñera, que se planteaba como una oportunidad de poner al día la coalición, de entender estos procesos de agotamiento y revertirlos. Hubo una baja capacidad de mirar los cambios que estaba teniendo la sociedad y ningún interés en prestar atención a la degradación que estaban viviendo los partidos. Da la idea de que la Concertación y sus gobiernos abandonaron a sus propios partidos; de que se resignaron a verlos decaer, perder espesor político, ser colonizados por prácticas reñidas con el ideario al que adscribían.

Tras la primera derrota ante Piñera hubo intentos de hacer una renovación. Era el momento de hacer un balance, de asumir deficiencias y vacíos, de proyectar lo logrado, pero ese debate quedó en pañales. Muchos impulsaron repensar la coalición, actualizarla, pero esos esfuerzos eran percibidos, por una parte relevante de la dirigencia, como una amenaza para la misma coalición. A pesar de esto, la tesis renovadora logró instalar algunos procesos interesantes. Uno de ellos fue la decisión de avanzar en la superación de la Concertación, pero no para romper con ella sino para reformularla a la luz de la nueva etapa. Conjuntamente, se alcanzaron a instalar las primarias para elegir a todos los candidatos a los municipios en todos los lugares donde había más de un candidato o candidata; se hizo un acuerdo amplio de la oposición; hubo una fuerte renovación de liderazgos en las candidaturas; se levantaron programas innovadores; se experimentaron diversas fórmulas participativas. Pero ese impulso renovador sólo tuvo influencia hasta que se ganó la elección municipal, pues luego, con el triunfo en la mano, la tesis renovadora fue dejada de lado y se impuso una lógica de pragmatismo electoral con la que volvió el nunca bien ponderado *uti possidetis*

cuando los parlamentarios se negaron a hacer primarias. La campaña presidencial se manejó con bastante distancia del debate sobre un nuevo tipo de coalición. Cuando se formó la Nueva Mayoría se hizo como un acto casi burocrático, para tener un referente que acompañara la campaña y luego al gobierno, sin dedicarle ningún esfuerzo a darle identidad y contenido a esa criatura. Al final, lo que se terminó instalando como identidad de la Nueva Mayoría fue el quiebre con la experiencia concertacionista y la renegación de ésta, en lugar de una renovación crítica, que partiera de la valoración.

Todo esto estuvo acompañado por largo tiempo con una dificultad muy grande para hacer renovación sustantiva de las élites políticas y, sobre todo, renovación generacional en la Concertación. El tema da para un foro separado, y me pesa profundamente porque fui parte de varios de esos esfuerzos, desde los años noventa en adelante, que buscaron impulsar un recambio generacional que nunca terminó de cuajar.

Finalmente, durante estos últimos años se fue provocando una dispersión cada vez más extendida, un error tras otro en nuestra forma de procesar las diferencias y una gran confusión en nuestro lenguaje para juzgar lo que estábamos haciendo y lo que teníamos que hacer.

Las interpretaciones sobre lo que fue el segundo gobierno de Bachelet están hoy dominadas por visiones que han creado dicotomías donde no las hay. Yo creo que es falso que nuestro problema haya sido demasiada izquierdización o demasiada derechización, que son, *grosso modo*, las dos grandes tesis para explicar nuestros problemas. Unos dicen que perdimos porque nos izquierdizamos y otros creen que no nos izquierdizamos lo suficiente. Los síntomas de la izquierdización serían, por ejemplo, la falta de preocupación por el crecimiento económico y la obcecación con llevar la gratuidad al cien por ciento. Ambas afirmaciones me parecen más que discutibles. ¿Dónde está escrito que la izquierda sea indiferente al crecimiento? Ni siquiera en las tradiciones más dogmáticas de la izquierda es así. En el mundo soviético, por ejemplo, el crecimiento económico fue una gran prioridad. Ningún proyecto de izquierda, que se llame serio y responsable, puede renunciar al crecimiento. Y respecto al cien por ciento de gratuidad, afirmar que es una manifestación de izquierdismo es más que discutible, especialmente cuando la alternativa disponible es destinar los recursos a otras prioridades, tales como la salud pública, la

educación escolar o parvularia. Entonces, no creo que sea justo decir que quienes insistieron que debía darse más atención al crecimiento económico deban ser llamados, por eso, derechistas, como tampoco a quienes sostenían que había que priorizar la educación parvularia sobre la universitaria. De la misma manera, no creo que quienes se desentendían del crecimiento fueran forzosamente más izquierdistas, ni quienes priorizaban el cien por ciento de gratuidad por sobre todas las demás tareas.

No creo tampoco que sea verdad que las reformas llegaron al programa de Bachelet solamente por sumarse al ruido de la calle. Esas reformas habían estado en los debates de la Concertación desde siempre, desde antes que se plantearan en la movilización social. De hecho, habían sido parte de esas tensiones que yo mencioné. No se había avanzado en ellas por diversos motivos, pero era natural que en algún momento sí llegaran a estar en el programa. El problema no fue que llegaran al programa. El problema fue que, una vez que llegaron, se procesaron, se discutieron y se resolvieron con deficiencias, especialmente en la forma de dialogar con la sociedad y al interior del propio sector. Es un error renegar de esas reformas, tildarlas de mera obsecuencia con la calle y juzgarlas sólo por sus defectos de gestión política.

Otro lugar común que se instaló entre nosotros fue que la Concertación terminó siendo una simple administradora del modelo neoliberal. Si entendemos históricamente lo que define el modelo neoliberal y los resultados que genera allí donde se aplica (y en ninguna parte se aplicó con tanta profundidad como aquí durante la dictadura), vemos que las trayectorias que tiende a generar no tienen nada que ver con la trayectoria que tuvo Chile, donde el retorno a la democracia marca un cambio de tendencia en cuanto a la profundidad y la extensión de la protección social, así como respecto a la contención de la desigualdad. Es verdad que hay muchas cosas que no han cambiado de las reformas implementadas en dictadura. Se puede discutir cuáles y por qué. Personalmente he sido crítica respecto de que no se aprovecharon las muchas oportunidades que hubo de hacer transformaciones, pero de ahí a decir que los gobiernos de centroizquierda fueron meros administradores del modelo de Pinochet hay una distancia considerable.

En Chile nos pasó algo que nadie esperaba que pasara: esa situación curiosa que se produjo por la superposición de los énfasis sociales y de-

mocráticos, que trajo la Concertación, sobre las herencias que quedaron de las reformas neoliberales de Pinochet generó un periodo de avances sociales, económicos y políticos muy significativos. Aunque a la mayoría de la centroizquierda le incomodaban diversos aspectos del sistema que salió de allí, era innegable que Chile estaba en una trayectoria positiva en varios de los aspectos que importan desde una perspectiva progresista, razón por la cual no se producían condiciones que impulsaran una inflexión mayor y que fraguaran una estrategia de salida de los resabios de las reformas de los ochenta. ¿Cuándo empieza a haber necesidad de una inflexión en esa trayectoria? Cuando se debilita su impulso para generar nuevos avances, o para mantener el ritmo de éstos.

Entonces yo no creo que el tema que agotó a la centroizquierda sea su entrega al neoliberalismo, ni creo que lo que define a las reformas del segundo gobierno de Bachelet sea una entrega a la calle. Creo que lo que agotó a ese proyecto fue la incapacidad de construir un relato y una acción consistentes con lo realizado y sintetizarlos en un proyecto de futuro.

Para salir de esto hay que enfrentar varios desafíos. Esto del neoliberalismo no lo hemos mirado realmente, lo repetimos cada vez más pero se ha vuelto una especie de muletilla para nombrar demasiadas cosas. Para algunos el neoliberalismo existe producto de la herencia forzada que nos dejó Pinochet, y todas las expresiones que encontramos de éste se explican por las reformas de los ochenta que no hemos podido revertir. Hay una parte de la ex Concertación que le gusta pensar así. Para otros, del mundo del Partido Comunista y del Frente Amplio, el neoliberalismo con el que convivimos es consecuencia de una izquierda renegada que administró ese modelo, transó y se entregó a sus brazos. Pero el fenómeno del neoliberalismo es mucho más amplio de lo que hizo Pinochet y de lo que no hizo la Concertación. Es más bien la tendencia hacia donde ha ido evolucionando el capitalismo global, y ése es el gran problema que hoy tienen las agendas progresistas, socialistas y socialdemócratas en todo el mundo: la dificultad para constituirse en alternativa ante esa realidad.

Yo creo que como centroizquierda en Chile podríamos, incluso en la precariedad actual, tener una propuesta para garantizar los derechos sociales básicos en una forma coherente con su condición de

tales. Como se decía en el libro *El otro modelo*,¹ eso no excluye que pueda haber privados participando de la provisión de derechos básicos, pero claramente bajo un régimen distinto del que hemos tenido en este tiempo. Sin embargo, no comparto que se pueda dar solución para los derechos sociales sin tener respuesta para su sustentabilidad económica ni coherencia con una idea de desarrollo más amplia, que se haga cargo del crecimiento, de su sostenibilidad ambiental, del empleo, de la necesidad de inyectarle conocimiento e innovación a nuestra economía. Estamos lejos de tener esa respuesta desde el progresismo en Chile y desde el resto del planeta. Lo peor es que algunos no se dan ni cuenta, o no les importa ni les parece relevante. Creen que basta con enarbolar las banderas de los derechos sociales aunque no sepamos responder cómo y con qué.

Otros siguen aferrados a la idea de “la coalición más exitosa de la historia” y la “necesidad de recuperar los grandes acuerdos”, sin entender que esa coalición exitosa se basaba en condiciones que ya no existen más, y no volverán, y que los famosos grandes acuerdos nunca fueron tales: fueron más bien grandes vetos que nos obligaron a aceptar condiciones que, en una democracia normal, hubieran sido otras. En el fondo, todavía no hemos logrado alcanzar grandes acuerdos verdaderamente democráticos, y es que cada uno dialoga desde sus convicciones y desde la fuerza que tiene en la sociedad.

Para mirar hacia el futuro nuevamente tenemos que hacernos ciertas preguntas: ¿Qué hacemos con este tipo de capitalismo que tenemos hoy en el planeta? No tenemos cómo ofrecerle a la sociedad un camino de reemplazo, y cuando vemos la oferta progresista, tanto en los países ricos como en los que estamos en desarrollo, encontramos que hay dificultades en todas partes para dar con la respuesta.

Tampoco tenemos respuesta para cerrar la brecha entre la esfera política y la sociedad. ¿Cómo se efectúa la representación en una sociedad como ésta? ¿Cómo involucramos a las personas en la deliberación pública? ¿Cómo rompemos las barreras de la desconfianza que se han levantado? ¿Cómo asumimos prácticas políticas que sean coherentes con los principios que defendemos?

¹ Fernando Atria, Guillermo Larraín, José Miguel Benavente, Javier Couso, Alfredo Joignant, *El otro modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público* (Santiago: Debate, 2013).

Pensando en un proyecto progresista de futuro, es inexcusable no tener un planteamiento para temas que son fundamentales, como el conflicto indígena, el modelo de ciudad o el tema de la seguridad, el crimen y la droga. Si en esas materias no hay definiciones sólidas y coherentes con el ideario progresista, será muy difícil lograr un proyecto que vuelva a conformar una mayoría política y social.

Podría nombrar varios temas más en esa línea. Uno que a mí me parece particularmente importante es que no basta con la provisión de derechos sociales, cuyo ejercicio al final del día es individual, sin una respuesta a los problemas en los que está hoy gran parte del malestar de la sociedad, que es en la esfera de lo común. Aparentemente la vida de las personas no parece ser un motivo de gran insatisfacción, pero sí lo es, en cambio, su participación en esta sociedad y su vínculo con el entorno. Eso tiene que ver con el espacio compartido, tanto físico como simbólico, con nuestra vida en común: cómo se llevan los debates, cómo se lleva la competencia, cómo se lleva la convivencia, cómo se articulan la diversidad y la complejidad de una sociedad como ésta. Todas esas cosas no están ni siquiera en las orillas de nuestra conversación como centroizquierda.

Bueno, quiero terminar esta intervención diciendo que uno puede encontrar muchas geometrías para reconstruir una centroizquierda, pero es necesario asumir que ese camino es largo y requiere tiempo. *A priori* no es necesario ni conveniente fijar ninguna exclusión y ninguna frontera, pero tampoco ningún matrimonio. Es necesario tener claro que no se puede contribuir a la reconstrucción de un proyecto y un espacio amplio de centroizquierda si no se es un actor, y un actor tiene que tener un relato sobre sí mismo, una propuesta, una identidad que se funde también en una cierta ética. El mundo político al que yo pertenezco, ése que podría identificar como la parte izquierda de la ex Concertación (el Partido Socialista y el Partido Por la Democracia), hoy no tiene ninguna de esas cosas; no tiene un relato sobre sí mismo que no sea renegar de sí mismo. No tiene tampoco autocrítica, porque la autocrítica es lo contrario de renegar: es asumirse y hacerse cargo de lo que se hizo bien y de lo que se hizo mal. Un ejemplo de ello, que también mencionó Ernesto, es lo que hizo el socialismo chileno después del golpe. Pucha que se hizo una autocrítica entonces, y a fondo: se asumieron errores, inconsistencias, malas decisiones, pero nunca se renegó.

Si no valoras lo que eres y lo que has hecho, no eres nadie. Entender qué hiciste mal pasa por asumir que eres alguien, eres algo y te haces cargo de ese algo que eres. En nuestro sector, hoy no tenemos eso. Tener un proyecto es tener ciertas definiciones y saber también en qué uno se diferencia de los demás. Sabemos que tenemos que entendernos con el centro, pero no somos el centro. Sabemos que tenemos que entendernos con el Partido Comunista y con el Frente Amplio, pero no somos lo mismo. Especialmente, yo creo que nuestro sector no sabe decir qué lo diferencia del Frente Amplio, y más bien tiene una ansiedad por estar rápido junto a ellos, porque nos damos cuenta de que tenemos que llegar a estar juntos, pero nunca lo estaremos si no somos alguien distinto, con identidad, con historia y con proyección.

Gracias. *EP*